

A CIEN AÑOS DE ANNUAL

La guerra de Marruecos

Daniel Macías Fernández (ed.) - Epílogo de Lorenzo Silva



La guerra de Marruecos, que se extendió durante casi dos décadas, entre 1909 y 1927, marcó indeleblemente la historia de España durante el siglo XX. Miles de soldados españoles hubieron de combatir en durísimas condiciones en las abruptas regiones del norte del Magreb, el Rif, en un rosario de intermitentes operaciones y choques que incluyeron horribles desastres como el del barranco del Lobo o el de Annual, del que se cumplen ahora cien años. Las consecuencias de esta debacle fueron mucho más allá de las terribles pérdidas humanas, ya que puso la semilla para el golpe de Estado del general Primo de Rivera de 1923, siendo las campañas de Marruecos la incubadora de los militares africanistas, cuyo papel fue clave en la sublevación de 1936 que dio origen a la guerra civil. El presente volumen, coordinado por Daniel Macías, aborda este crucial episodio de la mano de los principales especialistas en la materia, para ofrecer un fresco coral y completo. Como guinda, un epílogo con las reflexiones de Lorenzo Silva sobre unos acontecimientos cuya sombra sigue proyectándose sobre la España actual.

Ilustración incluida en *Intervenciones militares de Yebala Central. Kabilas de Beni Hassan y Beni Lait*, 1932. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

La Tierra es un pavo real y Marruecos es su cola, reza un proverbio árabe. No destrocemos los españoles semejante hermosura en el ideal mahometano; no aspire el partido africanista a arrancar violentamente alguna de esas bellas plumas; aspire no más a tomarlas cuando ellas se inclinen, cuando en ellas se columbre el dolor; contemple y acaricie ese penacho rico y variado¹¹.

Capitán Antonio García Pérez

INTRODUCCIÓN

Sorbos de hiel: Annual y las campañas de Marruecos

Daniel Macías Fernández

Todo empezó con una derrota y el fin de un viejo imperio: 1898. En un periodo de soldadura entre siglos, una época de enormes cambios tecnológicos, sociales, culturales, económicos... En una etapa de la historia en la que las viejas potencias dejaban paso a nuevas naciones imperiales, España era derrotada por Estados Unidos. La primera se convertía en una nación moribunda a ojos del mundo –civilizado– y la segunda aceptaba la llamada del imperio: la diosa Fortuna era caprichosa, quien fuese potencia hegemónica se convertiría en un país encerrado en una Península y unas escasas islas adyacentes... Pero había algo más, las plazas de soberanía en el norte de África. No fueron pocos los que pensaron en la providencia: estaba ahí por algo ¿señalaban el camino? El condecorado –en la Guerra de Independencia de Cuba– capitán Antonio García Pérez escribió en 1908, antes del comienzo de las campañas de Marruecos, un texto que se adivina profético en algunas de sus sentencias:

La rota portentosa de 1898 redujo considerablemente los dominios de nuestra Patria; siglos enteros nos hicieron heroicos y desprendidos, hidalgos y despreocupados; fuimos el cetro de la civilización a Oceanía y América y regresamos con la aureola del valor esplendoroso; nos admiró el mun-

do entre nubes nacarinas, entre celajes sanguíneos, entre vítores y palmas.

La Providencia nos empuja hoy hacia África, como ayer nos impulsara hacia selváticas e ignoradas tierras; nuestro destino, ¡triste es decirlo! Parece un remedo de las amarguras del mártir del Gólgota; redimimos a los pueblos y ellos más tarde nos crucifican.

¡Bendito sea, pues, ese secreto designio que nos toma por campeón y luego nos hace probar el cáliz de la amargura! Marruecos será nuestra ilusión y nuestra tumba; y felices los que hoy caminamos en brazos de esa esperanza conduciendo la enseña patria [...]^[2]

Y la enseña patria se paseó por Marruecos, al menos por el minúsculo trozo de sultanato que le fue asignado al Gobierno de Madrid en los acuerdos internacionales. Aunque ese destino manifiesto que algunos creyeron ver en el Magreb eran más cantos de sirena, de esos que llevaban a los barcos al naufragio. Las mentes preclaras de Isabel la Católica, Carlos III, Floridablanca, O'Donnell, Cánovas del Castillo o Maura, aquellos que, de una u otra forma, señalaron, o actuaron, para situar la frontera de España en el Atlas o quién sabe si más allá –*plus ultra*– no adivinaron la cantidad de tragos que la patria iba a dar al «cáliz de la amargura».

Las ansias imperiales de finales del siglo XIX se explican por la propia visión del mundo que se tenía en ese momento. Appetitos que, por cierto, no incluían al común del pueblo español, cansado de guerras y derrotas. La creencia *científica* en la existencia de razas, cada cual dotada de ciertos atributos biológicos que la hacía superior o inferior. Lo dicho se mezclaba con ideas nacionalistas, muchas veces basadas en el odio al «otro» –francés, otomano, inglés, alemán, ruso...– o, cuando menos, en la desconfianza, habitualmente aderezada con algún toque de revancha por alguna afrenta histórica, ya fuera real o imaginada. Era un periodo de fuerte eurocentrismo, la *civilización* ha-

bía de extenderse por el mundo de los *salvajes*. Esta era la «carga del hombre blanco», la cual consistía en enviar a los mejores de entre los europeos a colonizar pueblos primitivos, calificados como entes a medio camino entre niños y demonios.

Racismo, nacionalismo agresivo y superioridad moral eran los ingredientes principales del cóctel imperial. A través de ese prisma es cómo hay que entender las guerras coloniales. Las potencias en expansión y sus agentes colonizadores se mostraron incrédulos ante algunas resistencias indígenas; la pregunta que les debió de cruzar la mente se parecería a: ¿cómo es posible que rechacen la civilización, la modernidad, el avance? Debió de ser algo similar a lo que hoy piensan algunos Gobiernos democráticos cuando tratan de llevar las bondades de tal régimen político a todos los rincones del mundo y son rechazados. ¿Cómo es posible? La respuesta es válida para ambos casos: resisten ante el invasor y rechazan las señas de identidad de este. Supongo que la célebre frase de la película *Gladiator* viene al caso; el protagonista –Máximo– contesta a la afirmación de su camarada de armas Quinto acerca de la resistencia de los germanos: «¡Hay que saber cuándo se es conquistado!» con un: «¿Tú lo sabrías? ¿Y yo?». Se suele decir que la historia la escriben los vencedores; lo cierto es que todo es cuestión de perspectiva. Napoleón Bonaparte, gran vencedor y derrotado –dos veces–, se acordaba de los españoles el día 6 de mayo de 1816. El exilio en la isla de Santa Elena hace recapacitar a cualquiera. La pregunta que brotaba de la mente del estratega corso era la siguiente: ¿por qué los españoles rechazaban la modernidad liberal que se les ofrecía –imponía, en realidad– y se aferraban al oscuro absolutismo y sus rémoras? Dejemos que el genio de la estrategia militar se explique:

Mis tropas iban a retirarse; me dije entonces, y me digo todavía, que brindé el mayor beneficio que jamás se ha ofre-

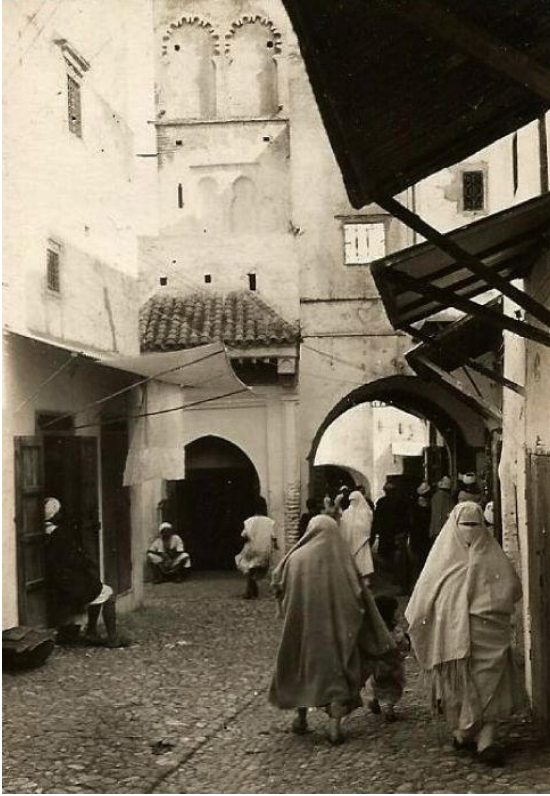
cido a pueblo alguno. [...] Yo esperaba sus bendiciones, pero resultó lo contrario: desdeñaron sus propios intereses para no ocuparse más que de la afrenta; se indignaron por la idea de la injuria, se rebelaron contra el uso de la fuerza y todos se alzaron en armas^[3].

Los españoles se opusieron a los franceses con ferocidad, aun cuando estos traían los dones del liberalismo y, en definitiva, de la modernidad. Casi cien años después, los resistentes indígenas a la causa española también se resistían a los presentes civilizatorios que las fuerzas europeas les llevaban y no fueron fácilmente sometidos. Las campañas de Marruecos duraron casi dos décadas (1909-1927) y los miles de hombres que hubieron de combatir en los campos de África, que murieron en tal escenario y que mataron en el mismo –a eso se va a la guerra–, se llevaron de ese continente recuerdos indelebles que los acompañaron el resto de su vida. Muchos también regresaron con secuelas físicas y psicológicas. En las campañas norteafricanas hubo héroes y villanos pero, sobre todo, hubo personas empujadas por las circunstancias o el deber para dar lo mejor y lo peor de sí mismas.

En el centenario del Desastre de Annual, catalizador de heroicidades y felonías patrias, el libro que el lector tiene en sus manos explica, desde múltiples puntos de vista y diversos enfoques, un complejo, y todavía desconocido, acontecimiento histórico. Lo cierto es que el calado de aquella derrota militar, en la que no menos de 7000 soldados españoles perecieron y que algunos cifran en 14000, fue más allá de lo estrictamente castrense. Hubo serias consecuencias políticas que enlazan con el golpe de Primo de Rivera e, incluso, con el golpe de Estado de 1936 y el estallido de la Guerra Civil. La figura del rey Alfonso XIII fue apuntada por algunos sectores críticos como último culpable de la debacle imperial. Annual impactó en la conciencia de los españoles y un habitualmente *pacífico*

pueblo, en general contrario a la expansión imperial y a la guerra, clamó venganza. El año de 1921 tuvo una importancia manifiesta para la historia de España. En verdad, las propias campañas de Marruecos donde se inserta fueron acontecimientos claves y se anclaron en la memoria colectiva nacional. No existe una ciudad en nuestro país que no tenga una plaza, calle, barrio, monumento, monolito, placa o similar que aluda a las guerras norteafricanas: el cabo Noval, África, Tetuán, Alcántara, Gurugú... Incluso Francisco Franco –estatua de comandante del Tercio en Melilla hasta hace unos días–. A pesar de ello, muchos no recuerdan hoy las andanzas patrias en lo que fue el Protectorado. ¿Cómo es posible? Puede ser porque al pueblo español aún le quedaban por sorber los peores tragos de ese «cáliz amargo» del que hablaba el capitán García Pérez: la Guerra Civil española. Brutal conflicto bélico fratricida que, quizá, hizo relativizar las miserias, sufrimientos y muertes de Marruecos.

Daniel Macías Fernández,
Santander, 28 de febrero de 2021



Vista cotidiana de una de las calles de la capital española del Protectorado: Tetuán. Fotografía de Fernando Puell Sancho. Colección Fernando Puell de la Villa.

África es el camino y el sentido de la política exterior española más auténtica^[1].

Anónimo

1

LA LLAMADA DEL IMPERIO: LA «CUESTIÓN MARROQUÍ» EN LA POLÍTICA EXTERIOR ESPAÑOLA (1859-1912)^[2]

Juan Carlos Pereira Castañares y José Carlos Aránguez Aránguez

Hablar de Marruecos y España sigue siendo hoy un tema de actualidad. Por razones geográficas, estratégicas, históricas, económicas, culturales y sociales, los dos Estados, los dos pueblos, han mantenido una estrecha relación desde el siglo XV. La presencia española en territorio marroquí se fue ampliando con el paso del tiempo y llegó su punto culminante en 1912, con la creación del Protectorado español. Tras un difícil proceso de conquista y control, con importantes repercusiones en la política interior española, en el que se inserta el Desastre de Annual, objeto central de este libro, los españoles se asentaron de manera definitiva en el norte del territorio marroquí. Y así siguieron hasta que, en 1956, por presiones externas más que por deseos propios, tuvieron que conceder la independencia a Marruecos.

Marruecos, por tanto, ocupa un papel central en la historia contemporánea de España y, desde luego, en su política exterior y colonial. De tal forma que no dudamos en afirmar que, por mucho tiempo, el «africanismo español» se identificó con el «marroquismo español».

Ahora bien, en todo este proceso histórico, la actuación de España, potencia periférica en el sistema internacional central, estuvo fuertemente condicionada por el curso de la evolución de las relaciones internacionales en los distintos periodos; por los intereses de otras potencias europeas, en especial de Francia, Gran Bretaña y Alemania; así como por la importancia que fueron adquiriendo el Mediterráneo occidental y el estrecho de Gibraltar.

Estos serán, pues, los ejes sobre los que vamos a desarrollar el trabajo que aquí presentamos. En primer lugar, nos acercaremos a las relaciones entre España y el territorio marroquí desde mediados del siglo XIX y a la génesis del movimiento africanista español. En segundo lugar, nos introduciremos en el área mediterránea, desde el surgimiento y desarrollo de los sistemas bismarckianos hasta la época de la denominada Paz Armada, para analizar el papel creciente que fue desempeñando Marruecos en esta Europa dividida progresivamente en dos bloques, cada vez más antagónicos. Posteriormente, nos adentraremos de forma más concreta en el periodo comprendido entre la creación de la Entente Cordiale en 1904 y el establecimiento del Protectorado español en noviembre de 1912. Por último, situaremos a los lectores en el camino que conducirá al Desastre de Annual.

MARRUECOS Y LA ACCIÓN EXTERIOR DE ESPAÑA

Una aproximación a la génesis del movimiento africanista español intersecular

Con la pérdida definitiva en 1824 de las posesiones coloniales en la América continental, parecía que a España no le quedaba más opción que expandirse –si quería seguir manteniendo su estatus de potencia, aunque fuera de segundo rango– por el continente africano. La conquista de Argelia por parte de Francia a principios de 1830, y su cre-

ciente interés por extenderse por la costa norteafricana marroquí a lo largo de los siguientes años, fue lo que terminó precipitando que, en 1848, España se decidiera a ocupar el archipiélago de las Chafarinas, posición geoestratégica en el estrecho de Gibraltar como línea de comunicación entre la península ibérica y Melilla. A medida que desde Madrid se percibía cómo se consolidaba la expansión francesa por Argelia –y cada vez se ponía mayor interés en el Imperio alauí– y que la influencia británica sobre el Majzén jerifiano era cada vez más creciente, en 1859 –aprovechando una circunstancia coyuntural de enfrentamiento entre marroquíes y españoles en las inmediaciones de Ceuta– el Gobierno del general Leopoldo O'Donnell consideró que había llegado el momento de hacer valer sus intereses expansionistas en el norte de África.

Ante esta coyuntura favorable a los intereses de España, desde Madrid se exigió al sultán Muley Mohammed, recién entronizado, condenar los ataques realizados por súbditos marroquíes a soldados españoles que se encontraban desempeñando labores de fortificación en torno a Ceuta. Ante la negativa del sultán, que, con su actitud, optó por la guerra, el conflicto entre España y Marruecos terminó por estallar. Si bien este podía haberse resuelto por la vía de la diplomacia, desde Madrid sirvió como pretexto para iniciar la ocupación del territorio alauí. De este modo, daba comienzo la Guerra de África o Guerra Hispano-Marroquí, que abarcó de octubre de 1859 a abril de 1860. El enfrentamiento fue desigual, pues la superioridad militar española era evidente, y terminó saldándose con un acuerdo de paz deshonroso para Marruecos: el Tratado de Wad Ras del 26 de abril de 1860 firmado en Tetuán. En realidad, esta campaña obedecía a las intenciones del Gobierno de O'Donnell de desviar la atención de los problemas internos en el país, y emprender una política exterior activa que se vio complementada con la partici-

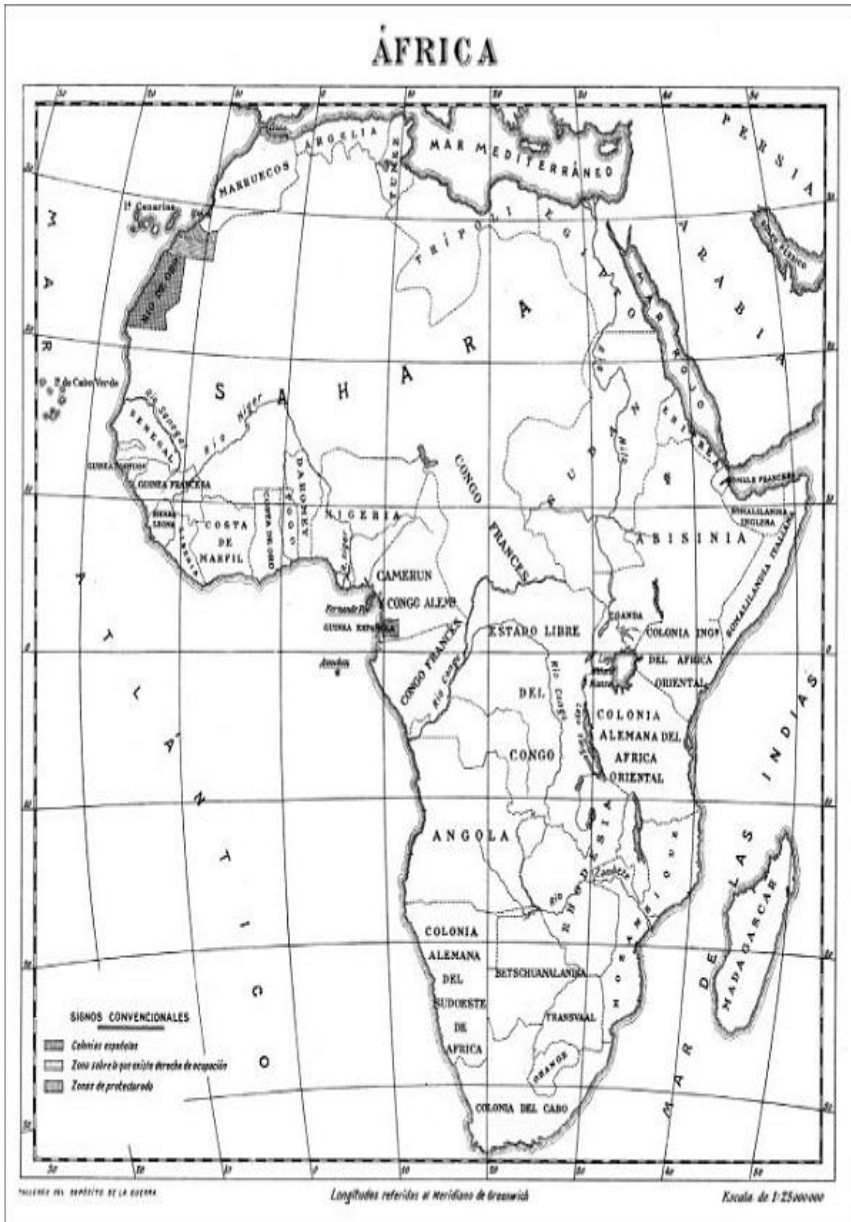
pación española en la expedición francesa a la Cochinchina (1858-1862), y con la ocupación del antiguo territorio colonial ultramarino de la República Dominicana (1861-1865).

En este contexto, el interés por conocer y explorar los secretos que albergaba el continente africano –separado de España por tan solo 14 kilómetros– comenzó a cobrar cada vez un mayor interés entre los científicos e intelectuales de la época. A partir de entonces, como señala Víctor Morales Lezcano, el africanismo español empezó a actuar desde dentro de las instituciones, con vocación científica, constituidas con el objeto de fomentar el estudio del exótico, a la par que inhóspito, continente vecino. A diferencia del africanismo europeo, el español respondía a condicionamientos geoestratégicos, culturales y económicos determinados por la geografía y, sobre todo, por un pasado común de más de siete siglos de historia.

De este modo, durante el primer periodo de la Restauración canovista en España (1876-1898), comenzaron a aflorar algunas instituciones y asociaciones africanistas de gran relevancia, en su mayoría no gubernamentales, aunque sí con estrechos lazos con el poder establecido. Entre estas se encontraban la Sociedad Geográfica de Madrid (1876) –desde 1901 Real Sociedad Geográfica de Madrid –; la Asociación Española para la Exploración de África (1877) –filial de la Asociación Internacional para la Exploración de África, fundada un año antes en Bélgica–; la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas (1883); y la Sociedad Española de Geografía Comercial (1885) –como continuadora de la de Africanistas y Colonialistas–, que contribuyeron de manera notable al auge del africanismo español de finales de siglo.

Por iniciativa del botánico Miguel Colmeiro, cabe destacar la fundación en 1871 de la Real Sociedad Española de Historia Natural, la cual participó activamente desde finales de siglo –y sobre todo a partir de 1905 por media-

ción de la Comisión de Estudios del Noroeste de África— en el apadrinamiento de expediciones científicas enviadas al noroeste del continente africano —al Rif, al Sáhara, a Fernando Poo o al río Muni, entre otros destinos—. En líneas generales, el continente africano siempre gozó de un tratamiento privilegiado en los órganos de publicación de estas instituciones, como fue el caso del *Boletín de la Sociedad Geográfica* o la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil*, publicación esta última de la Sociedad Española de Geografía Comercial.



Mapa del periodo con los territorios destinados a España en las negociaciones internacionales. Archivo Cartográfico de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército. Sig. MAR-C.4-082.

A consecuencia de la pérdida de las colonias y territorios españoles de ultramar en el Caribe y el Pacífico, entre